

El encargo del extranjero

«El amanecer siempre es una esperanza para el hombre», o eso rezaba aquel viernes el calendario del abuelo. Quique, que todavía dormía cuando el sol se levantó sobre La Arboleda, seguramente habría considerado acertada la frase, sobre todo si hubiera sabido de antemano las sorpresas que el día le depararía. Empezaron a primera hora, antes de que él arrancara la hoja. En la plaza de la iglesia, Margarita, la dueña de la pensión, comentaba la singularidad de su nuevo huésped con sus vecinas y amigas.

—¡Uy! Muy madrugador, sí. ¡Y es tan limpio y pulcro! Me ha dejado la habitación más arreglada que una hilera de cepas.

—¿De verdad? —La vieja Montserrat se sorprendía, con un entusiasmo que escondía un punto de envidia.

—Fíjate, si incluso se ha hecho la cama tan bien, que parece que no la haya usado.

—¡Calla! —exclamó la abuela Consuelo—. Eso es porque los extranjeros son más detallistas en estas cosas... En cambio aquí, los hombres...

—¡Qué dices, los extranjeros! —Margarita discrepaba—. Si los he tenido más sucios que la marrana... ¡Y, en cambio, mi chico sigue haciéndose la cama cada día, sin que nadie se lo pida!

—¿Y dices que ya conocía La Arboleda? —esta vez era Joaquina quien intervino—. ¿Ya había estado por aquí antes?

—Ay, hija, yo qué sé. Pero por las preguntas que me hizo, se diría que ha vivido aquí toda la vida. Que si el arroyuelo, que si el camino real, que si la ermita de la Piña...

—¡Vaya, quién lo diría!

—Lo más extraño... —Margarita hizo una pausa teatral. Le había costado mucho identificar lo que le sorprendía tanto en el hablar del extranjero. Ahora lo veía claro, y quería lucirse.

—¿Qué? ¡Di, mujer! —Sus amigas se impacientaban.

—Lo más extraño... es que habla un castellano perfecto.

—¿Y eso? ¿No tiene cara de sueco o de alemán?

—Y debe de serlo, porque se le nota el acento. Y con esos ojazos azules que tiene, como de vikingo... —La abuela pareció suspirar—. Pero habla perfecto, como un diccionario. ¡Qué vocabulario! Dice «si es usted tan amable», y «no obstante», y «postigo» y «frazada»... Incluso me ha preguntado si en el río había «jaramugos». Y hoy me ha dicho: «este desayuno me ha despabilado».

—¡Calla! ¡Cómo es posible? ¡Si así no hablamos ni los de La Arboleda!

Margarita hizo una pausa, mientras se cercioraba de si había gente en la plaza. Aquel vistazo cauteloso llenó de curiosidad a las cuatro o cinco amigas que la rodeaban.

—Me ha pedido... si alguien lo podía llevar a las cuevas de la sierra.

Cara de sorpresa de todo el escuadrón femenino.

—¿Las cuevas? ¿Qué cuevas?

—¡Ay, chica, yo qué sé...! Le he dicho que vaya donde los Oliva, que ahora organizan excursiones... ¡Ya me dirás tú si mi Quico ha de pasearse buscando boquetes por la sierra!

Un par de viandantes llegaron a la plaza, y la conversación se deshizo, como el azúcar en un café. Cada una volvió a lo suyo, con el cesto o la bolsa del pan en la mano. Cuando Margarita entraba en la pensión, se encontró con el extranjero que salía.

—Que usted lo pase bien, señora Margarita —le dijo, mientras se dirigía a casa de los Oliva.

Lo siguió con la mirada, calle abajo, hasta con algo de orgullo: era su extranjero misterioso...

Cansados ya de esperar en vano, Santi y Oriol habían estado a punto de no abrir su negocio ese día. Pero finalmente se decidieron, «para acabar bien la semana», como dijo Oriol. Aprovecharían el rato trabajando en el proyecto del «Caldo de Cultivo». No tuvieron tiempo ni de echar pestes del profesor, que era la forma habitual de iniciar sus tareas, porque a los pocos minutos, un extranjero cruzó la puerta y se dirigió al mostrador donde Santi tecleaba en el portátil.